

CAPITULO V.

De lo que hablaron Berenice y Claudia.

Berenice despues de haber oido la desgarradora relacion que Marcos la hiciera de la prision del Salvador, sintió que las fuerzas le faltaban, y como si su alma pura revoloteara dentro de su cuerpo virginal, buscando por donde escaparse de su cuerpo, con el intento de abandonar este suelo donde tan inauditas iniquidades se consumaban.

Derramó algunas lágrimas, y sintiéndose animada por la voz de Marcos, que le recordaba que no era tiempo de llorar sino de obrar con gran rapidez, rebujóse cuidadosamente en su manto, y sin proferir una palabra mas, dirigióse al palacio de Herodes el grande, que era donde habitaba el gobernador romano de la Judea.

Una doncella de la confianza de Berenice acompañaba á su señora por las desiertas calles de Jerusalem, y Marcos le hacia lado, y no la dejó hasta las puertas del palacio de Pilatos.

Allí Berenice le dijo:

— Claudia solo espera saber los episodios de la prision de su escelso Maestro, para interceder por él con empeño acerca de su esposo. Es un alma preciosa la de esa romana, y si ella no consigue su propósito, solo será porque el Eterno tiene decretada la muerte de su Hijo.

— ¿Puedo pues tornar confiado á mi casa, Berenice?

— Sí. Los hombres apelarán á todos los recursos humanos. Ten seguridad en Claudia, y pon tu confianza en Dios.

— Pues bien, Berenice; Marcos se vuelve á despedir de tí. Por amor al Cristo hemos renunciado á unirnos en la tierra; que el amor del Cristo nos una para siempre en el cielo.

Marcos suspiró y se fué á pasos precipitados, pensando en la inconsolable Madre del Salvador, que gemia en su casa, desolada como la tórtola á la que han muerto el amado compañero de sus dias.

Berenice contuvo dentro de su pecho un suspiro tambien, y cuando merced á las sombras de la noche hubo perdido de vista á su amigo, y cuando el ruido de sus pasos no llegó á herir los oidos de la vírgen, entonces ella suspiró tambien, y con voz débil y enamorada dijo:

— Sí; hasta el cielo, Marcos, donde el amor del Cristo nos unirá en indisoluble y perpétuo lazo. Hasta entonces la bendicion del Eterno te acompañe, como te acompañará constantemente el recuerdo de Berenice.

Despues entró en el palacio del Pretor, sin que los sonolientos guardias se opusieran á ello, sin que le preguntaran siquiera dónde se dirigia á tan altas horas de la noche. Sabian que Berenice era de la confianza de Prócula; sabian que era su mejor amiga, y sabiendo esto, la entrada de la vírgen en el pretorio no fue por nadie impedida.

Llegó Berenice á las habitaciones de Claudia á la hora de la una de la noche. Su amiga la mujer del Pretor, aguardábala impaciente y cuidadosa.

Cuando la amiga de Marcos traspuso los umbrales de la habitacion de Claudia, estaba pálida como la cera. Aquello fue bastante para revelar á Prócula la terrible noticia que la vírgen de Judá llevaba á la matrona romana.

Esta salió á recibirla con los brazos abiertos, y Berenice al caer en ellos como una flor tronchada, dijo acompañando su saludo de un profundo suspiro:

— Bendito sea el que viene.

— En el nombre del Señor, — contestóle Claudia, poniendo un beso de amistad en la mejilla de Berenice.

Después de este saludo, la esposa de Pilatos condujo á su amiga á un mullido triclinio, y sin soltar nunca el brazo que aprisionaba dulcemente la cintura de la púdica doncella, Prócula la miró por unos instantes de hito á hito; con aquella mirada profunda y ardiente que brotaba de sus ojos, cuando su alma se hallaba escitada por el poderoso influjo de una grande idea.

Berenice bajando los ojos lloraba en silencio, sin atreverse á mirar á su amiga, porque el peso de aquella mirada escrutadora, era para la amiga de Marcos un peso insostenible. Berenice hallábase aturdida con la noticia que iba á comunicar á Prócula, y nadie que no la conociera, hubiese dicho que aquella mujer fuese inocente del crimen que iba á revelar.

Prócula con voz débil y desmayada le preguntó:

— ¿Y bien?

Berenice hizo un esfuerzo para salir del marasmo en que la abismara su dolor, y cogiendo dulcemente las manos de la esposa de Pilatos, puso en su rostro una mirada suplicante, bañada en llanto, y dijo:

— ¡Oh! ¡Prócula, amiga mia; aquel que nosotras amamos tanto; aquel rayo de la vida del Eterno; aquella voz de la celestial verdad, se halla ya en poder de sus mortales enemigos!

Berenice como si para decir estas frases hubiese reunido toda la fuerza de su vida, cuando las concluyó dejó caer

su cabeza sobre el seno de la matrona romana para llorar y gemir allí; para desahogar la profunda pena que la embargaba.

Claudia participó también de aquel llanto, y reclinando la cabeza sobre la de Berenice, puso en ella un beso y muchas lágrimas.

Y hubo unos momentos de silencio, al cabo de los cuales la esposa de Pilatos con voz profundamente conmovida dijo:

— ¿Es posible lo que me anuncias, Berenice? Los compatriotas del Redentor del mundo ¿intentarán ingratos acabar con su inestimable vida?

— ¿No es cierto que esa horrible verdad parece una pesadilla, Claudia? — musitó Berenice suspirando.

— ¡Sí, sí; parece una pesadilla; parece un imposible! Un pueblo como el vuestro, tan amante de esa independencia, que Dios les ha quitado porque es indigno de ella; un pueblo como el hebreo, tan entusiasta por sus glorias, intentar condenar á muerte al que es la gloria del cielo y de la tierra, al que por sí mismo basta á llenar de orgullo á cien mil creaciones, al que podía ser la base y levantar el edificio de vuestra eterna emancipación!... Dices bien, Berenice, dices bien! Locura como la de tu pueblo; vértigo destructor como el que anima á los judíos, es imposible de concebir. El crimen de tu nación espantará los siglos pasados y los venideros... Roma no hubiera procedido así.

— Claudia; ¿no has oído decir muchas veces que los hijos mas queridos y mimados suelen ser los mas ingratos, y los que con mas crueldad tratan á sus padres? Hé ahí la historia de Judá.

Berenice exhaló un suspiro profundo, y luego continuó de esta manera:

— Pero ¿qué me importa mi nación? Se ha hecho in-

digna de mi amor, y reniego de ella porque la maldice Dios. Hablemos de Jesús.

— ¡Ah! sí, hablemos de él... Pero dime, amiga mía; ¿estás perfectamente convencida y segura de la inficua prision del Salvador divino?

— ¡Ojalá no lo supiese tan de cierto!

— Y sin embargo mi esposo nada sabe de ella, y léjos de ser así, cree que no se habrá verificado, porque no ha querido mezclarse en ese odioso asunto.

— ¿Pilatos conoce las intenciones de los sacerdotes?

— Esta misma noche ha venido Caifás á pedirle tropas para verificar la prision, pero Pilatos se las ha negado, y esto es lo que me induce á pensar que tal vez no se haya verificado la prision que me anuncias.

— Pues bien; los príncipes de los sacerdotes y los miembros del Sanhedrin, á despecho de tu esposo, han decretado la prision del Salvador, y no solo la han decretado, sino que la han llevado á cabo de la manera mas bárbara é inficua que te puedes imaginar, Claudia mía.

— ¿Tan allá llega la altanera furia de esos infames, que osan burlarse así de las indicaciones del prefecto romano?

— Sí, Claudia, sí; á despecho de tu esposo se han apoderado de él. Mira qué es lo que debe hacerse para salvarle.

— ¡Ah! ¿qué es lo que no haré yo? Prócula no es de vuestra nacion, pero estima mas á Jesucristo que á su propia alma; un rayo de luz descende á mis ojos y tiene su figura; un sonido dulce llega á mis oidos, y es el eco incomparable de su voz; la vida germina en el fondo de mi alma, y son sus palabras las que allí la han hecho nacer... Si tanto debo á Jesucristo; si tanto debo á ese hombre divino; si mi espíritu cobra nuevas alas meditando sus sen-

tencias, y mi existencia se regenera, y ante mi alma se ensancha el horizonte y el espacio, cuando medito en las verdades que de él he aprendido, ¿qué es lo que dejaré de hacer para salvarle, para conservarle al mundo, para mantener encendida para la tierra esa antorcha divina de la verdad eterna?... Habla, Berenice, habla, y yo me prostraré á las plantas de Poncio, para referirle lo que tú me hayas dicho, y si me ama como creo, cuando de sus plantas me levante, la sentencia de Jesucristo estará dictada en su favor, y el Maestro divino se verá justificado.

Claudia Prócula se exaltaba á medida que iba hablando. Los tesoros de su alma se derramaban por su boca en forma de palabras; por sus ojos con la espresion generosa de sus miradas; por todo su ser con la espresion sublime que tomara, con ese *quid divinum* que lleva anejo el entusiasmo en las almas nobles y generosas.

Claudia, llevada por el fuego de su entusiasmo, primero irguió su esbelto talle y hermosa cabeza, y á medida que seguía hablando, diríase que su alma, sintiendo que aquella frente que tales ideas germinaba estuviese separada tanto del cielo, obligábala á erguirse para que se hallara mas cerca de la patria donde son naturales las ideas sublimes.

Berenice, llevada de su entusiasmo y de la gratitud que las palabras de Claudia la inspiraban, cayó á sus piés, para abrazar las rodillas de la generosa matrona.

— ¡Oh Prócula! ¡Cuánto bien hacen tus palabras á mi alma! — esclamó. — Dios bendiga para siempre los labios nobles y generosos que han dado paso á ellas.

Claudia abrazó á Berenice; puso en su frente un beso; llamóla hermana, y la volvió á besar.

— Y dijo:

— Puesto que los hombres conspiran contra la vida de

mi adorado Jesús; puesto que han tenido el atrevimiento de echarle mano, dos débiles mujeres les declaran la guerra, y no cejarán hasta verles derrotados y vencidos vergonzosamente. Verémos quién puede mas; ellos con sus armas y su fuerza, y nosotras con nuestras súplicas y ruegos. Yo salvaré la vida al celestial Maestro, ó lloraré todos los dias mi impotencia; si la raza humana defiende al hombre, que la naturaleza divina defienda al Dios.

Prócula no estaba bien penetrada de la profunda doctrina del Salvador, porque si lo hubiese estado, no dijera su última frase. Dios por sí solo, y sin necesitar para nada el concurso de criatura alguna, podia salvar la vida de Cristo, con la misma facilidad que apaga la vida ó la da á los mortales. Si la muerte del Salvador fue un crimen infinito por parte de los hombres que la llevaron á cabo, era tambien por parte de Dios un designio mas infinito aun de su imponderable amor. Esto, sin embargo, el Eterno se encargaba de pagar en la otra vida los esfuerzos que aquellas débiles criaturas hacian para salvar de la muerte al Redentor.

Claudia, mas animada y resuelta cada vez; Claudia que recibia nuevas fuerzas á medida que su entusiasmo iba creciendo, estaba trasformada. Un ángel agradecido debia prestarle la inimitable espresion de su semblante, en el cual brillaba un destello del genio celestial.

Y continuó:

—Cuéntame las escenas de su prision, si es que las conoces, para que yo á mi vez pueda referirlas á mi esposo. Es preciso arrancar la máscara á los viles sacerdotes, mas dignos de servir á Júpiter que al Dios verdadero; es preciso que yo enseñe á Poncio la horrible fealdad de sus almas; es preciso que la innoble envidia que les domina

aparezca ataviada á los ojos de mi marido, con todos los infernales adornos de una cruel venganza, y si ellos que conocen y sirven al verdadero Dios, tratan de asesinarle infamemente á su Hijo, será cosa de ver como un pagano, como un adorador de los ídolos de Roma, defiende y hace justicia al Hijo de un Dios que por su mal desconoce!

—Son tan horribles los detalles que me pides, Claudia, que casi no tengo valor ni fuerza para referírtelos.

—Sin embargo, es preciso que los conozca.

—Tu alma bella y generosa se estremecerá, amiga mia.

—¿Qué importa? Si ese estremecimiento puede conducirme á salvarle, venga sobre mí sesenta veces por minuto, durante todos los dias de mi vida. De todas maneras es preciso que lo sepa todo.

—Bien, Claudia. Óyelos pues; mas te advierto que son perfectamente ciertos, porque me los ha referido llorando un hombre que los ha presenciado, uno de los amigos del Señor. No hay en ellos exageracion, porque una impostura no ha manchado los labios del que me los ha relatado.

—Yo responderé, pues, de su exactitud á mi esposo. Habla ya, Berenice, porque aun cuando tengo por cierto que tu relacion me horrorizará, deseo por otra parte conocer todos los detalles de la historia del Cristo, puesto que creo he de hallar en esa relacion tristísima, sublimes enseñanzas.

Y Berenice refirió entonces á Claudia Prócula lo que nuestros lectores ya conocen. Su relacion, sin embargo, era tan tierna, iba tan revestida de tristes consideraciones, que si nosotros nouviésemos la seguridad de que no hemos de acertar á copiarla, la continuaríamos aquí, convencidos de que nuestros amables lectores derramarían

dulcísimas lágrimas al leerla, como las derramaban muy amargas las dos amigas, la una al hacerla, y al oirla la otra.

Cuando Berenice acabó su tristísima relación, Claudia estaba al par hondamente conmovida y grandemente indignada. Lo que acababa de oír no tenía precedente alguno en los fastos de los pueblos mas crueles y salvajes del mundo. La indignación de aquella alma noble y generosa, que tan entusiastamente amaba al Salvador, era indescriptible, y Prócula dominada por este sentimiento y por la profunda tristeza de su alma, sin poderse contener exclamó poniéndose en pié:

— ¡Eso ha pasado!... ¡Abominables iras de los hombres!... La nación que eso tolera, el pueblo que eso consiente debe ser borrado de la faz de la tierra. ¡Israel! Yo presiento que Roma será la mano de Dios, que debe castigar severamente tu crimen; Israel, yo presiento que tu Dios te abandonará para trasladar su trono al Capitolio; Israel, una romana te maldice por tus iniquidades, como por tu deicidio te maldice el Eterno!...

Claudia semejaba en aquel momento una sibila en el acto de vaticinar, ó mejor una profetisa del Altísimo, poseída del espíritu de Ezequías y de Jeremías. Sus palabras eran aterradoras; su ademán tenía algo de implacable; su acento era fúnebre, como los ecos que repiten las cavidades de un sepulcro.

Berenice, considerando la poderosa verdad de las palabras de su amiga, se encogía de hombros é inclinaba profundamente la cabeza al suelo, como temiendo que lo que Claudia estaba diciendo pasara también sobre ella, cual debía pasar sobre su desdichada nación.

La esposa de Pilatos tendió una mirada sobre la pudo-

rosa y dolida vírgen, y viéndola en aquella actitud encogida y temerosa, compadeciéndose de ella, alargóle una mano y la dijo:

— No temas tú, Berenice: el Dios que Jesucristo predica es el de la justicia: ¿cómo puede descargar sus iras sobre tu cabeza; cómo puede involucrarte en las abominaciones de tus compatriotas, si eres inocente?... No temas, no temas: el castigo del cielo solo vendrá sobre aquellos que no sean adictos á la causa del Redentor.

Berenice abrazó tiernamente á su amiga, como si quisiera darle las gracias por sus palabras con aquel abrazo, mientras que Claudia continuaba:

— Pero dejemos en manos de Dios la justicia, y cumplamos nosotras como debemos. ¿Quién había de decirlo á Judá, que si su Mesías llega á salvarse, ha de ser por la influencia y ruegos de una dama romana?

— ¡Ah! ¡qué noble eres, Claudia! — exclamó Berenice.

— ¡Noble me llamas! ¿Por qué? ¿Por qué cuando los hombres cometen una iniquidad inaudita, una mujer se rebela contra su iniquidad y procura dejarla sin efecto?... No, no, Berenice; esto no es nobleza, esto es solo ceder una á los naturales sentimientos de su corazón; esto es solo no ser mala!

Hizo una pausa, y luego continuó:

— Sí, sí; yo le salvaré. Si veo á Poncio inclinado á la justicia, pocas serán las palabras que le diga para conseguirlo; si le observo indiferente, me arrojaré á sus piés, los cubriré de besos, los lavaré con mis lágrimas, y no le soltaré, hasta tanto que haya conseguido lo que promoverá mi llanto y mis suplicantes extremos... Y Poncio accederá, porque no es malo, y porque me ama.

La amiga de Marcos arrojóse por otra vez en brazos de

Claudia, y al oír el tono de seguridad con que esta le hablaba, concibió unas esperanzas que quizá hasta entonces no tenía.

— ¡Oh! ¡qué buena eres, Claudia; — la dijo; — qué buena eres!

Y después de esto se despidieron las dos amigas, indignada la una por lo que de referírsele acababa; esperanzada la otra por las frases que de seguridad se le dirigieran, y entrambas llenas de tristeza al considerar los malos tratos que Jesús recibiera, siendo tan inocente y tan bueno.

¡Cuán rico es el corazón de la mujer cuando no le empujan las pasiones, cuando se derrama á la presencia de Dios, y el espíritu del Altísimo le impulsa al bien! ¡Ah! ¿Por qué las mujeres se empeñan comunmente en ocultar la belleza sublime de ese corazón que les ha dado el Creador, y se ufanan enseñándonos la parte que los hombres, las pasiones y la debilidad han afeado ó destruido?

CAPITULO VI.

Claudia en la cámara de Pilatos.

Cuando Berenice hubo dejado á su amiga, esta se entregó á amargas consideraciones, acerca la naturaleza desagradecida del pueblo hebreo. La prision de Jesús le tenía particularmente sobreexcitada, y no podía comprender cómo los judíos se negaban á reconocer al Mesías en él, cuando Prócula, que era una mujer pagana, no había te-

nido inconveniente alguno en hacerlo, después de haberle escuchado una sola vez, y haber visto los prodigios que obrados por Cristo, acreditaban la divina procedencia de la doctrina que predicaba.

Esta ceguera absoluta, ó esta inconcebible maldad por parte de los príncipes de la sinagoga y del pueblo que les seguía, trajo á la memoria de Claudia la historia del pueblo hebreo, y al considerarle siempre favorecido tan ostensiblemente por el Altísimo, y al verle siempre rebelde, siempre contumaz, empeñado siempre en acabar con la vida de los enviados del Altísimo, no pudo menos de exclamar:

— Pueblo de Judá, ¿qué otra nación de la tierra, si hubiese sido favorecida de Dios tanto como tú, hubiera obrado como tú lo haces?... ¡Oh! Ya que te has denegado siempre á humillar tu cerviz bajo el dulce yugo del Señor, fuerza será que para siempre venga también el látigo que te azote, y te haga espiar las iniquidades innumerables que cometes. Tu crimen de hoy es la corona de tus crímenes, y Dios cansado de sufrirte descargará sobre tu cabeza el rayo de su justísima ira... y tu cabeza rodará á pedazos por toda la tierra, y en toda la tierra te verás execrada!

Claudia observó que su dolor la llevaba á consideraciones inútiles en aquel momento, y al advertirlo se dijo:

— Pero ¿á qué conducen mis filosofías, si nada han de conseguir mas que apesadumbrarme, mientras que por entregarme á ellas, olvido lo mas preciso en este momento; olvido que la vida de ese Jesús que adoro, pende tal vez en este instante de un ruego mio? Vamos á ver á Poncio, para hablarle en favor de la inocencia y de la justicia... ¡Oh! no queráis, Dios mio, que mi esposo salga de esa causa inícuca con las manos manchadas, y hecho indigno de su Claudia, de esa Claudia á la cual ama tanto.

Y proferida esta sencilla plegaria, tomó por sí misma una lámpara, dirigiéndose á las habitaciones de su esposo, con planta ligera y paso silencioso.

— Es fácil que en este momento duerma, — se dijo Prócula; — pero si es así, aguardaré á que despierte, para que sea la primera palabra que resuene en sus oídos el nombre de mi Jesús, de ese Jesús que ha despertado mi corazón para el cielo, de ese Jesús que abrasa mi pecho con el amor divino... ¡Oh! su palabra me ha hecho mucho bien, y yo quiero que sepa que si los suyos desagradecidos desean acabar con su vida, hay al menos algun extranjero que intenta pagarle una deuda de gratitud, trabajando para evitar su muerte y su humana deshonra. Claudia entonces habrá pagado á Jesús.

La ignorancia de la esposa del Pretor, podia solo autorizar sus últimas palabras, inspiradas tal vez por un fondo oculto de vanidad, pasado desapercibido para los ojos de Claudia; pero si ella hubiese conocido bien á Dios, á buen seguro que no juzgara haberle pagado la inmensa deuda contraída con la divinidad, esforzándose por conservar la vida á Cristo, cosa que era para ella un deber.

Claudia, sin embargo, no habiendo descendido á tales interioridades, pensaba que habia dicho bien, porque pensaba que la deuda contraída por ella con Cristo era deuda humana, y con este pensamiento y con el propósito que la conducia á la cámara de su esposo, llegó á ella, procurando no mover ruido alguno para no despertarle, en el caso que durmiera.

Y fue así, pues que Pilatos, en brazos del Morfeo de los romanos, dormia un sueño al parecer no muy tranquilo, á juzgar por la agitacion que demostraba exteriormente.

Claudia sentóse á la cabecera de la cama de su esposo,

y contemplándole con ojos enamorados, estuvo largos momentos. Observó que su Poncio soñaba, y como tenia afición á los sueños, al igual que todos los de su nacion (pues creian ver en ellos avisos de sus dioses), el interés que la contemplacion de su esposo la despertaba, aumentóse con el interés que al mismo tiempo despertábale el sueño de Pilatos.

— ¡Qué soñará? ¡Parece muy agitado!... — balbuceó.

Y con un interés indescriptible siguió las faces del sueño de su esposo, por los movimientos de los labios, por los de los párpados, y por la angustiosa actitud que tomaba de vez en cuando el semblante de Pilatos.

— ¡Tal vez se le anuncian desdichas para el porvenir!... ¡Quién sabe! ¡Tal vez se le previene para que evite alguna desgracia que le amenaza!... Su sueño debe ser espantoso... le despertaré, porque al parecer sufre mucho: sí, sí, le despertaré.

Y ya iba Claudia á poner por obra su intento, cuando retrocedió en seguida ante una consideracion:

— ¡Y si se le anuncian males y desgracias; y si este es un aviso para que se valga para evitarlas de tales ó cuáles medios?... No, no; que duerma, que sueñe... Tal vez ese sueño nos será muy beneficioso.

Entonces la esposa del Pretor resolvióse á no despertar á su marido, á quien continuó contemplando cada vez con mas amor é interés.

Prócula estaba puesta entre la religion de Jesús y la religion de los romanos, y aun cuando se abrazara entusiasmada á la primera, esto sin embargo su instruccion en ella no era tan sólida, que fuese capaz de desterrar todas las preocupaciones y supersticiones de que, por decirlo así, su naturaleza estaba nutrida, por haberse criado en ellas.

Y todo lo que hiere directamente la imaginacion acalorada, tiene para la mujer un poder mágico, fascinador, que la subyuga, por mas que sea muy instruida, por mas que tenga un ánimo fuerte y un espíritu sereno, porque es condicion de su naturaleza femenil... Así le sucedia á Claudia: lo desconocido, lo oculto, tenia para ella el poder del misterio.

El sueño de Pilatos fuése agitando gradualmente, hasta que llegó á un punto en que estendiendo los brazos y sacudiendo el dormido cuerpo, profirió un grito inarticulado...

Y su grito y los sacudimientos que diera, hiciéronle despertar despavorido. Su semblante hallábase bañado por un sudor frio, y sus ojos se abrieron con espanto. Claudia de pié recibióle en sus brazos, deseando calmar su agitacion.

Pilatos la miraba con los ojos desencajados.

— No temas, — le dijo Claudia blandamente; — soy yo, Poncio.

Y como este siguiera mirándola con atonismo, dudando acaso si aquello era una nueva faz del sueño, ó si se hallaba en realidad despierto, Claudia para ponerle en pleno dominio de sus facultades, le dijo con amorosa solicitud:

— ¿No me conoces, Poncio? ¿No conoces á tu Claudia, que te ama tanto?

El dulce acento de la esposa hizo volver completamente en sí á Pilatos, que alargándole cariñosamente una mano, apretósela con ternura é interés, y le dijo:

— ¡Ah! ¿eres tú, amada mia?

— Sí; yo que velaba tu sueño; yo que seguia las fases de esa pesadilla que te atormentaba, y que no me he atrevido á despertarte, porque he pensado si seria tal vez un aviso que el cielo te dirigia.

— No sé, Claudia, no sé; pero sí que te hubiera estimado mucho que me despertaras, porque estaba sufriendo horrosamente.

— Lo creo, Poncio, y te ruego que me perdones.

Pilatos sonrió amorosamente á su esposa, como para significarla que estaba ya perdonada. Claudia dominada entonces por la supersticion y por la curiosidad, dijo á su esposo:

— ¿Y puedo saber yo lo que soñabas, amigo mio?

Pilatos hizo como que quisiera concentrar sus ideas para referir el sueño á Prócula, pero en aquel instante sucedióle lo que acontece muchas veces con los sueños. La dulce impresion que recibió al despertar, el cambio repentino y radical de situacion, trascordaron tan completamente al Pretor, que ni una idea se le ocurrió en aquel momento de cuantas poco antes le torturaran. Y así hubo de confesarlo á su esposa, diciéndole:

— Parece imposible, Prócula, pero me he trascordado de tal manera, que no recuerdo nada de todo lo que he soñado. Eso sí; ¡debían ser cosas terribles y espantosas, porque me hacían sufrir mucho, mucho!

— ¡Cómo ha de ser! — dijo Claudia resignándose. — ¿Y ahora te hallas ya perfectamente tranquilo?

— Sí, sí; me hallo muy bien: ¡como que estoy á tu lado! — Pilatos sonrió amorosamente al decir esta flor á su bella esposa, flor que fue pagada con una sonrisa encantadora y llena de amor.

Luego despues Pilatos continuó:

— ¿Cómo te veo aquí á estas horas, Prócula? ¿Tienes acaso algo que pedirme ó notificarme?

— Una y otra cosa.

— Habla, pues, porque tú sabes la satisfaccion y el pla-

cer que experimento pudiendo complacerte; habla, y tu Poncio se considerará dichoso, si logra darte gusto en lo que vas á notificarme y á pedirme.

Prócula envolvió á su esposo en una mirada arrebatadora. Tal vez pretendia fascinarle para poder exigirle luego lo que le iba á pedir, y cuando halló á Pilatos como magnetizado por la influencia de aquella mirada, le dijo:

—Tú me prometes, y yo casi estoy por creer que no me concederás lo que á rogarte voy.

—¿Tan difícil es, ó crees tan débil y pobre el amor que te profeso, Claudia?

—Nada de eso.

—Entonces, ¿por qué me hablas así? ¿Por qué no me dices con la confianza de siempre lo que ahora pretendes?

—Porque no son locas vanidades lo que vengo á pedirte hoy; porque no son fruslerías de mujer las que han guiado mis pasos esta noche hasta tu aposento, sino que es asunto de mucha importancia, y que yo no sé por qué me figuro que ha de tener grande influencia en nuestro mútuo porvenir.

—¿Qué tardas pues en decírmelo? Habla, te lo ruego por los dioses inmortales; habla.

La palabra *dioses* hizo en Prócula un mal efecto, pero no lo significó á su esposo de ninguna manera, ni tan solo con un ademan imperceptible de disgusto ó repugnancia. En aquel momento convenia á Claudia menos que nunca disgustar á su esposo, particularmente en materias religiosas.

Así es que haciendo como que no la hubiese oído Prócula, se dispuso á abordar la cuestion que allí la conducia, y lo hizo de esta manera:

—Ya que tanto deseas te diga de una vez lo que á hora tan intempestiva de la noche me ha conducido á tu cámara,

voy á hacerlo confiada en tu indulgencia. ¿Sabes, Poncio, que ayer hablamos de ese grande hombre llamado Jesús de Nazareth?

—¿Y es de él de quien me vienes á hablar?

—¿Te disgusta acaso? Si te disgusta dímelo, porque por mucho que lo desee enmudeceré.

—No, Prócula, no; porque ese judío de que me hablas, es en mi concepto el hombre mas grande y mas humilde de su nacion.

—Y sin embargo, no pocas veces sus enemigos le han acusado de sedicioso y de trastornador del órden público.

—Cosa que Jesús ha despreciado siempre, porque no es verdad. Sus obras responden por él, y yo, el Pretor de la Judea, si ese hombre se me hubiese hecho sospechoso, le hubiera puesto ya á buen recaudo, mas por fortuna no es así, porque á decirte la verdad, Prócula mia, si Jesús fuese un trastornador y un ambicioso, si Jesús fuese algo mas que un sábio humilde, hubiera dado ya bastantes disgustos á Roma, porque con una palabra podia levantar en peso á todo Israel... Tengo, sin embargo, la seguridad de que no lo hará: encariñado con sus utopias y con sus estrañas teorías religiosas, el Nazareno no piensa mas que en difundirlas, y mira las cosas de este mundo con el soberano desden con que las miran todos esos hombres, á quienes sus hermanos apellidan *sábios*.

—Me agrada, Poncio, que le hagas justicia, porque yo soy una de sus admiradoras; porque yo creo, —añadió bajando un poco la voz;— que ese hombre tan extraordinario tiene una procedencia divina.

Pilatos miró sonriendo á su esposa. Aquella sonrisa era una especie de pregunta irónica; aquella sonrisa significaba, *Pues qué; ¿crees tú tambien en las supercherias de la*

divinidad? Esto, no obstante, Pilatos no dijo una palabra acerca de lo que su sonrisa significaba, y aun cuando Prócula lo entendió perfectamente, hizo como que no lo hubiese advertido.

Claudia, viendo que nada le decia su esposo, continuó en su empeño generoso:

—Sí, yo estoy vivamente interesada por Jesús, que á todas luces es un grande hombre, y lo estoy tanto mas, cuanto la Judea es una provincia romana, y las glorias de los miembros son coronas de laurel para la cabeza.

El recurso que adoptara Prócula para llamar la atencion de su esposo algo distraido, era de un efecto necesario. Aquella mujer era verdaderamente de talento; hablar de las glorias de Roma á un pretor del imperio, era poner, como vulgarmente se dice, el dedo en la llaga.

Pilatos se reanimó al oír á Prócula. Acababa de sugerirle una idea que no le habia hasta entonces ocurrido, y hallándose muy interesado en ella, preguntó á Claudia con viveza é interés:

—Y bien; ¿qué quieres decirme de ese grande hombre? El Pretor de Roma en Judea, que ha venido con el deber de velar por los monumentos de esta provincia, porque son adornos que embellecen el imperio, tiene mas deber aun de velar por las glorias humanas, que hacen inmortales las naciones, y que unen el nombre del emperador al del sábio, para fijar la cronología y escribir la historia. Los nombres de Tiberio y de Jesús aparecerán en el porvenir como un monógrama.

Claudia dió inmensas gracias á Dios por haberle hecho sugerir aquella idea, en su concepto salvadora, y dijo á su esposo:

—Y mientras tú velas por la conservacion de las gran-

dezas del imperio, otros hay que se empeñan en destruirlas.

—¿Quiénes?—preguntó Pilatos con energía.

—Los hebreos.

—¡Oh! Los hebreos, con pocas escepciones, pertenecen á una raza que Roma debe aplastar como si fuese de víboras. Yo les he comprendido, y yo les he humillado bastante, y aun les humillaré mas. Yo he sido el primer gobernador romano, que me he atrevido á introducir las águilas y las insignias del imperio dentro de Jerusalem, y yo á despecho suyo me propongo hacerles tascar el freno del imperio del mundo, por mas que ellos hayan de quedar sin gente y yo sin un soldado.

—Y dime, esposo mio; ¿será tal vez porque conocen que tú miras á Jesús con buenos ojos, la causa por la cual se han apoderado de él?

—¿Qué dices?—exclamó Pilatos caminando de sorpresa en sorpresa.

Prócula hizo como que no hubiese oído á su esposo, y continuando en el terreno en que su astucia la habia sabido colocar, continuó:

—¿Será tal vez para demostrarte su latente animosidad la causa por la cual al apoderarse de Jesús, han cometido con él atrocidades increíbles, que no se registran otras tan repugnantes en los fastos de los pueblos mas bárbaros y salvajes?

—¿Qué dices?—gritó Pilatos con mas coraje, irritado contra los judíos, por la sagacidad con que su mujer le sabia conducir.

—Sí; se han apoderado de esa gloria del imperio; la han llenado de insultos; le han escupido y abofeteado bárbaramente; hánle arrastrado por la pendiente del monte Oli-

vete como si fuera un perro entregado á niños bárbaros; le han maltratado de todas maneras, y despues de dejarle cási sin figura de hombre, le han conducido á Jerusalem preso sin tu permiso ni consentimiento.

—Prócula;—gutturó Pilatos incorporándose irritado en la cama;—¿cuándo ha sucedido eso?

—Esta noche.

—¿Y sabes tú si es verdad lo que me acabas de referir?

—Se que es tan cierto como el amor que te profeso.

—¡Oh... envidiosos miserables! Yo os abatiré hasta haceros comer polvo y lodo, y al hacer justicia el Pretor, han de caer sobre vosotros las befas, y los tormentos de que á Jesús habeis hecho objeto, sabiendo que yo no lo consentia. Caifás y Anás, espíritus encarnados de la envidia y de la maldad, á latigazos he de hacer azotar vuestros rostros por mis lictores, como si fuerais miserables esclavos...

Claudia oyendo á su marido estaba del todo satisfecha. Parecíale que la suerte de Jesús estaba echada ya, y se felicitaba por ello.

Su esposo la preguntó:

—¿Y qué has venido á pedirme tú, Claudia?

—Justicia; nada mas que justicia. Ya sabes cuanto disgusta á Tiberio la pérdida de los grandes hombres que enaltecen su imperio; ya sabes cuanto le disgusta tambien que el inocente se vea atropellado.

—No temas, no temas, Claudia. ¡La justicia se hará! Puedes volverte tranquila á tus habitaciones, confiada en mí.

Claudia abrazó á su esposo afectuosamente, y llena el alma de regocijo se retiró despues á descansar.

—¡Oh!—se decia al tenderse en la cama;—yo hubiera deseado inducirle á buen término por medio de la verdad,

pero esto ha sido imposible, y he habido de recurrir á estremos de estrategia femenil, que yo deseaba evitar en esa cuestion, porque parece que repugnan.

Algun tiempo despues Claudia se habia dormido pensando en Jesús, á quien creia que acababa de salvar.

Pilatos dominado por la ira y el despecho que le embargaban, y por el odio que profesaba á los judíos, no pudo conciliar de nuevo el sueño.

—¡Miserable raza de víboras—oíasele esclamar;—yo que te he humillado tantas veces, yo aplastaré tu cabeza maldita con mi planta poderosa, y te reduciré á la condicion mas abyecta de la esclavitud. Anás y Caifás, un ergástulo será dentro de poco vuestra morada constante.

CAPITULO VII.

El Sueño de Claudia.

La humana mente no puede descansar ni un momento. Espiritu de inmortal actividad, el instante que dejara de trabajar seria el instante de su vuelta al no ser; imágen y hechura del Dios que la ha criado, en el momento que dejara su principio de vida dejaria de vivir.

¿Queremos prueba mas patente y clara de la existencia de Dios, que la inmortal actividad de nuestra alma, que es su imágen? El espíritu no cesa ni un momento de trabajar, ni de dia ni de noche, ni en vigilia ni en sueños, y el de Claudia, que era de la misma naturaleza que el de los